

(IN)VISIBILIZACIÓN JUVENIL: ACERCA DE LAS POSIBILIDADES DE LAS Y LOS JÓVENES EN LA HISTORIA RECIENTE DEL PAÍS

CAMILA CÁRDENAS NEIRA *

La historia es el fruto del poder, pero el poder en sí mismo
nunca es tan transparente que su análisis se vuelva superficial.
La última marca de poder puede ser su *invisibilidad*;
su último desafío, la exposición de sus huellas.

MICHEL-ROLPH TROUILLOT, *Silencing the Past:
Power and the Production of History*

¿Cómo sentir el orden establecido como algo propio
cuando han borrado todas *mis* huellas?
¿Por qué deberíamos sentir orgullo del país
y de su desarrollo, cuando *no somos parte* de su historia?

NORBERT LECHNER, *Las sombras del mañana*

RESUMEN

La presente exposición constituye una aproximación teórico-bibliográfica en torno a la presencia de los jóvenes en el pasado reciente chileno. Esta indagación tiene por objetivo contextualizar y discutir la construcción de una representación juvenil a partir del análisis de algunos marcos conceptuales, y su vinculación con el decurso histórico de las últimas décadas. Resulta importante enfatizar cómo se produce una visibilización de la condición juvenil después de la fractura que produjera el golpe de estado de 1973 y la dictadura militar, toda vez que los jóvenes son capaces de tensionar el *status quo* y reposicionarse como agentes de su historia, sobre todo a la luz de las recientes movilizaciones estudiantiles que los han situado en el actual escenario ciudadano.

PALABRAS CLAVE: (IN)VISIBILIZACIÓN, REPRESENTACIÓN JUVENIL,
PASADO RECIENTE CHILENO

* Profesora de Lenguaje y Comunicación y Magíster en Comunicación,
docente en Universidad Austral de Chile, Valdivia, Chile.
Correo electrónico: camila.cardenas.neira@gmail.com.

**(IN)VISIBILIZAÇÃO JUVENIL: SOBRE AS POSSIBILIDADES
DOS JOVENS NA HISTÓRIA RECENTE DO PAÍS**

RESUMO

Este artigo constitui uma aproximação teórico-bibliográfica da presença de jovens no passado recente chileno. Esta indagação tem como objetivo contextualizar e discutir a construção de uma representação juvenil a partir da análise de alguns marcos conceituais, e sua vinculação com os acontecimentos históricos das últimas décadas. É importante enfatizar como se produz a visibilidade da condição juvenil depois da fratura produzida pelo golpe de estado de 1973 e a ditadura militar, sempre que os jovens são capazes de tencionar o *status quo* e reposicionar-se como agentes de sua história, sobretudo à luz das recentes mobilizações estudantis que os reposicionaram no atual cenário cidadão.

PALAVRAS CHAVE: (IN)VISIBILIZAÇÃO, REPRESENTAÇÃO JUVENIL,
PASSADO RECENTE CHILENO

**YOUTH (IN)VISIBILITY: YOUTH OPPORTUNITIES REGARDING
THE RECENT PAST DEVELOPMENTS OF THE COUNTRY**

ABSTRACT

This exhibition is a theoretical approximation of literature about the presence of young people regarding recent past developments in Chile. This research aims to contextualize and discuss the construction of youth representation from the analysis of conceptual frameworks and their link with the historical course over the last decades. It is important to emphasize how there is a (in)visibility of the youth situation after the division that produced the 1973 coup and military dictatorship. Since young people are able to stress the status quo and reposition themselves as agents of their history, especially in light of the recent student demonstrations that have been repositioned in the current citizen scenario.

KEY WORDS: (IN)VISIBILITY, YOUTH REPRESENTATION,
RECENT PAST CHILEAN DEVELOPMENTS

1. MERODEOS EN TORNO A LA JUVENTUD

HABLAR DE JUVENTUD NOS remite rápidamente al problema de su definición, por lo que resulta necesario establecer ciertas señales de ruta para lograr su abordaje. La primera de ellas pretende realizar una síntesis de los análisis que rodean la noción de juventud y la manera en que se ha llevado a cabo esta investigación, particularmente en el contexto nacional. Para precisar estos antecedentes recurriremos a distintos autores —chilenos y latinoamericanos—, que ponen de relieve la discusión en torno a los aspectos que entran en pugna para dar cuenta de la ‘condición juvenil’. Entre éstos adquiere gran relevancia la diferenciación entre factores vinculados al ciclo biológico y la delimitación mediante construcciones simbólicas dispuestas social, cultural e históricamente. En segundo lugar, realizaremos un breve recorrido por los eventos que han visibilizado a los jóvenes como actores sociales desde inicios del siglo XX, tanto en América Latina como en Chile. Dicha revisión tiene por objetivo esclarecer algunos procesos que han marcado la configuración de una particular identidad juvenil y de cómo ésta se ha actualizado hasta hoy.

El concepto de juventud constituye una construcción que busca definir y precisar un aspecto de la experiencia humana. En este sentido, «no debe olvidarse que las categorías no son neutras, ni aluden a esencias; son productivas, hacen cosas, dan cuenta *de la manera en que diversas sociedades perciben y valoran el mundo y, con ello, a ciertos actores sociales*. Las categorías, como sistemas de clasificación social, son también y fundamentalmente, productos del acuerdo social y productoras del mundo» (Reguillo, 2000:9). De este modo, así como la realidad histórica conforma un constructo teórico de amplio alcance sobre el que se enfrentan miradas hegemónicas y contrahegemónicas, la noción de juventud no admite visiones unívocas y estables. De acuerdo a Dávila, Ghiardo y Medrano:

ya no resulta una novedad, pero sí una necesidad, el pluralizar al momento de referirnos a estos colectivos sociales; es decir, la necesidad de hablar y concebir diferentes ‘adolescencias’¹ y ‘juventudes’, en un amplio sentido

1 En esta exposición no realizaremos una discusión aparte en torno a la noción de adolescencia, ésta se incorpora como elemento constitutivo de la juventud, en la medida en que «no es extraño una superposición y traslado de características de una noción a la otra, y viceversa» (Dávila, Ghiardo y Medrano, 2008:48).

de las heterogeneidades que se pueden presentar y visualizar entre adolescentes y jóvenes. Aquello cobra vigencia y sentido, de momento que concebimos las categorías de adolescencia y juventud como una construcción sociohistórica, cultural y relacional en las sociedades contemporáneas, donde los intentos y esfuerzos en la investigación social en general, y en los estudios de juventud en particular, han estado centrados en dar cuenta de la etapa que media entre la infancia y la adultez, las que también se constituyen en categorías de fruto de construcciones y significaciones sociales en contextos históricos y sociedades determinadas, en un proceso de permanente cambio y significaciones (2008:43).

En efecto, al evidenciar la discusión que se produce en torno a las características que definen la juventud, se hace imprescindible un contexto social, cultural e histórico específico que proporcione los parámetros para su delimitación. Existe, por tanto, una institucionalidad que fija las *funciones* que se le asignan a las categorías sociales y, con ello, el campo de acción en que éstas adquieren legitimación. En conexión con lo anterior, son las *representaciones* que cada sociedad construye respecto de la juventud, definiendo por un lado la forma en que los sujetos son percibidos e incorporados a la vida social y, por otro lado, las responsabilidades y los derechos que deben atribuírseles a través de la articulación de políticas concretas.

Las principales ideas que entran en disputa tienen que ver con a) definir la juventud a partir de la edad (criterio biológico y demográfico), y b) entender la juventud como una construcción sociocultural, que se fija históricamente de manera diferenciada (fenómeno sociológico). La primera distinción implica una conceptualización naturalista y homogénea, y se rige particularmente de acuerdo a un rango etario. En Chile, según el Instituto Nacional de la Juventud, son considerados *jóvenes* las personas que tienen entre 15 y 29 años de edad, caracterización que se mantiene relativamente estable en otros países de Latinoamérica. Asimismo, se fijan ciertos rasgos del ciclo biológico que ofrece características físicas —particularmente sexuales— de orden primario y secundario.

Esta tendencia también obliga a vincular aspectos del estadio psicológico, que definen la juventud como un momento de tránsito, problemático y disfuncional. Esta visión surge en Europa y Estados Unidos a principios del siglo XX hasta los años 30, y repercute en América Latina alrededor de los años 50 (González, 2004). Posteriormente, ésta se pone en discusión mediante alcances que señalan que la categoría etaria por sí sola no es suficiente, pero sí es necesaria para una delimitación inicial (Dávila, Ghiardo y Medrano, 2008). De esta manera,

ampliar la mirada obligaría a superar una concepción homogeneizante que excluye la diversidad de juventudes posibles si se advierten otros factores, como la sociedad, la cultura y el momento histórico en que éstas se desarrollan. En otras palabras:

La juventud no es un 'don' que se pierde con el tiempo, sino una condición social con cualidades específicas que se manifiestan de diferentes maneras según las características históricas sociales de cada individuo [...] Un joven de una zona rural no tiene la misma significación etaria que un joven de la ciudad, como tampoco los de sectores marginados y las clases de altos ingresos económicos [...] no se puede establecer un criterio de edad universal que sea válido para todos los sectores y todas las épocas: la edad se transforma sólo en un referente demográfico (Dávila, 2004:92).

Una segunda perspectiva da cuenta de la juventud como una construcción sociohistórica que es resultado de relaciones sociales, de poder y de producción que permiten la emergencia de un nuevo actor social (Balardini, 2000). Para profundizar este enfoque se incorporan criterios notables dentro de los estudios de juventud, como *identidad* y *generación*. El primero señala un proceso complejo que consta de tres niveles: personal, generacional y social; y se asocia simultáneamente a condiciones individuales, familiares, sociales y culturales determinadas. De acuerdo a Dávila, Ghiardo y Medrano (2008), en dicho proceso tiene lugar un reconocimiento de sí mismo, en que se observan e identifican características propias (identidad individual). Como, por ejemplo, identificaciones de género y roles sexuales asociados. Además se busca un reconocimiento de un sí mismo en los otros, mediante la distinción de aspectos que resultan significativos o que se perciben como características que se desearía poseer, y que se ubican en la misma etapa vital (identidad generacional). Lo anterior se relaciona principalmente con la capacidad de los jóvenes de poner en común distintos bienes simbólicos con sus pares (lenguaje, música, estética, producciones culturales, actividades focales, entre otras) que les permiten diferenciarse, marcar fronteras. Otra noción interesante que es posible asociar a la de identidad es la de *estilo*. De acuerdo a Castro, el estilo tiene relación con «elementos que permiten identificar características propias de un determinado grupo, colectivo o clase social, los cuales determinan los límites de un grupo con relación a otro. De igual modo, el concepto de estilo se relaciona con la noción de consumo y la de ocio. Desde esta perspectiva teórica la referencia a los consumos

supera el aspecto económico, al resaltar el significado simbólico que ellos adquieren para sus poseedores» (Castro, 2009: 10).

En cuanto a la categoría de generación, desde una perspectiva más amplia, ésta remite a un momento histórico en que se ha sido socializado. Junto con ello, da cuenta de un reconocimiento del sí mismo en un grupo social mayor que define y determina mediante el compartir una situación común de vida y convivencia. A esto se suman prácticas sociales juveniles y comportamientos colectivos en que se involucran valores y visiones de mundo que guían dichos comportamientos (Dávila, Ghiardo y Medrano, 2008). En este sentido, Margulis y Urresti añaden:

Aquí es donde deben inscribirse a las cronologías como genealogías, es decir, como parentesco en la cultura y en la historia y no en la simple categoría estadística. La generación, no es una simple coincidencia en la fecha del nacimiento, sino una verdadera hermandad frente a los estímulos de una época, una diacronía compartida, una simultaneidad en proceso que implica una cadena de acontecimientos de los que se puede dar cuenta en primera persona, como actor directo, como testigo o al menos como contemporáneo. Sobre ello se constituyen los ejes de la memoria social y sobre esa facticidad de los acontecimientos, de lo que efectivamente fue el caso, o sea de lo que hace ambiente y por ende, condiciona y conduce identificaciones (1996:18).

En este punto la idea de *identificaciones* resulta relevante por cuanto señala que no existe una identidad dada, única y homogénea, sino que ésta comprende una construcción eminentemente relacional, por cuanto siempre depende de las contingencias, de los otros, de las circunstancias materiales y simbólicas del entorno (Aguilera, 2009). De esta manera, identidad y generación se constituyen en una relación dialéctica, que opera articulándose y afectándose mutuamente.

En virtud de lo expuesto, Margulis y Urresti (1996) proporcionan una distinción entre lo *joven* y lo *juvenil* a partir de ideas vinculadas a la moratoria vital y social, respectivamente. En cuanto a la primera, existirían *jóvenes no juveniles*. Las primeras luces al respecto la otorga una obra fundamental en los estudios sobre juventud en el país, *Juventud chilena. Rebeldía y conformismo* (1970), donde Armand y Michelle Mattelart dan cuenta de la situación de mujeres jóvenes que viven en sectores rurales en los alrededores de Santiago, cuyo «crédito vital» es escaso debido a que asumen tempranamente obligaciones y responsabilidades de la vida adulta. Al precipitarse estas condiciones, las

jóvenes manifiestan un conocimiento marcadamente escaso en todas las preguntas asociadas a conocimientos y actividades consideradas propiamente juveniles.² En cuanto a la segunda diferencia, existirían *no jóvenes juveniles* como sucede con jóvenes integrantes de clases medias o altas que, si bien ven disminuido su crédito vital, son capaces de incorporar signos y prácticas juveniles, como ocurre también con muchos adultos juvenilizados.

A la luz de estas distinciones se recalca la necesidad de ampliar los criterios que definen la juventud, de modo de entenderla a partir de la heterogeneidad, la complejidad y el dinamismo que merece. Las ideas que se debaten en torno a cuáles son las características que definen la condición juvenil, comportan distintas conceptualizaciones que deben ser vistas como parte de un *continuum*, admitiendo la posibilidad de quiebres, enmiendas y discontinuidades. En lugar de oponer y polarizar estos planteamientos, conviene mirarlos en virtud de las visiones de mundo que implican y, por lo tanto, del efecto social que cada uno de ellos ejerce. Asimismo, es imprescindible señalar que tales perspectivas han emergido sujetas a condiciones y circunstancias específicas. En este sentido, no pueden dissociarse de la historia, ni proyectarse sobre ella de manera inocua.

2. LOS Y LAS JÓVENES EN LA HISTORIA

Jóvenes, seamos jóvenes, seamos dinámicos, seamos enérgicos, seamos puros, desinteresados y dispuestos al sacrificio. Sacudamos esta apatía de buey durmiente que adormece hasta el paisaje de primavera con su sola presencia.

¡Hicimos nacer la juventud!

Vicente Huidobro, *Carta a la Federación de Estudiantes Universitarios*

A partir de un recorrido histórico, la irrupción de la idea de *juventud* en el ámbito académico, tiene las primeras distinciones con la mirada biologicista que se extienden en Europa y Estados Unidos entre la década de los 50 y los 70, tomando un énfasis sociocultural desde la década de los 80 a la fecha. En América Latina existe un limitado eco

2 Una situación similar ocurre en la actualidad con mujeres jóvenes que adoptan el rol de madre tempranamente, tanto en el espacio urbano como rural, tal como lo muestra la Sexta Encuesta Nacional de Juventud (INJUV, 2009).

de estas propuestas a partir de los años 80, habiendo un progresivo desarrollo que tiende a considerar la juventud como un nuevo movimiento social e incorporar la noción de subculturas (Feixa, 2002, 2006; González, 2002, 2004). La exposición que aquí se hace de autores latinoamericanos, abarca una producción que es posterior a la década de los 90. Resulta importante, por lo tanto, destacar los aportes que nos señala este segundo recorrido, en la medida en que nos remite a comprender a los jóvenes en una situación y un contexto determinado, en virtud de los valores propios de la cultura y el momento histórico en que estos sujetos participan y experimentan su condición juvenil de manera diferenciada.

Los autores sobre los cuales se orienta esta exposición, coinciden en que la idea de juventud responde a una «creación» que deviene de procesos históricos específicos, y la necesidad creciente de responder a ellos mediante cambios en la institucionalidad. El antecedente de esta visibilización estaría dado, según Balardini (2000), por el desarrollo del capitalismo y las sociedades burguesas entre los siglos XIX y XX, donde procesos tales como la división del trabajo y la individualización de los sujetos habrían cobrado profunda importancia. En esta emergencia, la escuela jugó un rol fundamental, en tanto sistema modelador y facilitador de la calificación y formación de sujetos integrados a las redes de producción. Del mismo modo, se habría producido un cambio al interior de las familias, tendiente a valorar periodos vitales de manera diferenciada, generando de este modo un distanciamiento perceptivo entre la infancia y la adultez. Por otra parte, otros aparatos institucionales como cárceles o las fuerzas armadas, habrían colaborado igualmente a valorar distintamente estas relaciones, en pos de su funcionalidad social.

No obstante lo anterior, Balardini se cuestiona «¿pero es que acaso antes no había jóvenes?». La respuesta está dada de acuerdo a la separación que establece entre «jóvenes» y «juventud». En sus palabras: «Sí, efectivamente uno podría decir jóvenes siempre hubo mientras que juventud no, la juventud como fenómeno social en los términos occidentales que hoy lo comprendemos es un producto histórico que deviene de las revoluciones burguesas y del nacimiento y desarrollo del capitalismo» (2000:12). Para algunos autores es posible rastrear cuasi-juventudes con anterioridad a los procesos descritos, Balardini ejemplifica con los ejércitos de Esparta y Atenas: éstos estaban efectivamente conformados por jóvenes, pero se trataría de jóvenes *sin juventud* según como la entendemos en la actualidad. De esta manera, referiría una construcción con no más de doscientos años. Según Re-

guillo, a los procesos de industrialización y especialización se impondría otro acontecimiento notable:

La juventud como hoy la conocemos es propiamente una ‘invención’ de la posguerra, en el sentido del surgimiento de un nuevo orden internacional que conformaba una geografía política en la que los vencedores accedían a inéditos estándares de vida e imponían sus estilos y valores. La sociedad reivindicó la existencia de los niños y los jóvenes como sujetos de derechos y, especialmente, en el caso de los jóvenes, como sujetos de consumo (Reguillo, 2000:6).

A partir de la posguerra se modifican y precisan valores asociados a la juventud, con lo cual las relaciones entre generaciones y género se ven fuertemente afectadas. Desde allí se concatenan una serie de procesos tendientes a potenciar la condición juvenil. Entre ellos se encuentran el crecimiento económico, la construcción de Estados de Bienestar y nuevas dinámicas en la reproducción familiar. Balardini hace notar la influencia del *baby boom* en la década de los 50. «No en vano. Estos niños, tendrán 18 años, en 1968» (Balardini, 2000:16). El aceleramiento industrial, científico y tecnológico propicia un consumo cultural especialmente orientado hacia los jóvenes. La adquisición de bienes materiales y simbólicos colabora en la mesocratización de la condición juvenil, cuyo desarrollo y expansión se hace cada vez más patente hasta llegar a nuestros días. Así es como emerge no sólo una novedosa categoría de análisis, sino que se visibiliza y reconoce una forma igualmente válida de ser, estar y actuar en el mundo. Vista en perspectiva «La historia del siglo XX puede verse como la sucesión de diferentes generaciones de jóvenes que irrumpen en la escena pública para ser protagonistas en la reforma, la revolución, la guerra, la paz, el rock, el amor, las drogas, la globalización o la antiglobalización» (Feixa, 2006:3).

Por otra parte, al concentrar la mirada en América Latina, es posible dar cuenta del estatus privilegiado que adquiere la condición juvenil, por tanto se hace visible una particular configuración identitaria marcada por el ser masculino-mesocrático-ilustrado (González, 2002). Esta caracterización surge y se retroalimenta de una serie de hitos paradigmáticos que, en palabras de este autor, revelan la constitución de la juventud como constructo sociocultural y de los jóvenes como sujetos identitarios en Latinoamérica. Uno de los acontecimientos más notables es la Reforma Universitaria llevada a cabo en Córdoba, Argentina en 1918. A partir de ella se erige una estrecha relación

de «jóvenes/estudiantes» que se mantendrá y potenciará en las décadas siguientes (Faletto, 1986). Estos actores se apropiaron de la responsabilidad de generar demandas y exigir transformaciones, no sólo a nivel educativo, sino como parte de una impronta social que reconoce sus circunstancias históricas. En la misma dirección se sitúan los procesos de producción intelectual y literaria, entre los cuales destacan autores como José Vasconcelos (*La raza cósmica*, 1925), José Ingenieros (*El hombre mediocre*, 1913) y especialmente, Enrique Rodó con la publicación de *Ariel*, 1900. Lo anterior adquiere relevancia en tanto «La primera guerra justifica la decadencia del modelo civilizatorio europeo para éstos [intelectuales latinoamericanos] y da pie para enarbolar la idea de un modelo civilizatorio ‘joven’, ‘nuevo’ de ‘futuro’: el americano» (González, 2002:74).

En lo que respecta a Chile, hay al menos cinco hitos que refuerzan la *nombradía juvenil* (González, 2002), entre los que se encuentran: la fundación de la Federación de Estudiantes de Chile (FECH) en 1917, la creación en 1920 de la revista literaria *Juventud y Claridad*, en donde publican, entre otros, Gabriela Mistral y Pablo Neruda, la muerte del poeta José Domingo Gómez Rojas en el mismo año, la junta militar (‘ruido de sables’) llevada a cabo por Marmaduke Grove y Carlos Ibáñez del Campo en 1924, y la postulación a candidato a Presidente de la República de Vicente Huidobro en 1925. La idea de juventud que deviene de estos acontecimientos refiere un tipo de identidad que está dada «por la convergencia entre vanguardias estéticas de una aristocracia rebelde [...] y las vanguardias político-sociales de capas medias y organizaciones obreras y militares» (González, 2002:62). De acuerdo a este autor, a partir de los procesos señalados el protagonismo juvenil irá en aumento, diversificándose y complejizándose progresivamente. Será, entonces, «la matriz ‘mesocrática-ilustrada-masculina’, la que liderará el prototipo identitario juvenil latinoamericano hasta bien entrada la década de los 70» (González, 2002:89).

En virtud de lo anterior queda de manifiesto que en las primeras décadas del siglo pasado, la condición juvenil en Chile se constituye como parte de un privilegio preferentemente dentro de sectores acomodados. Por tanto, resulta relevante referir qué sucedía con los jóvenes en los demás sectores de la sociedad, particularmente en torno a la situación de las clases populares. En palabras de Igor Goicovic:

Los jóvenes, como sujetos del proceso histórico —por ende como constructores de sociedad— y como categoría del análisis social, son un hallaz-

go reciente. Tanto en el Chile colonial como en el Estado republicano, la juventud, y particularmente la juventud popular, careció de identidad propia. Su dimensión ontológica (*ser*) y su intervención histórica (*quehacer*) se diluía al interior de las clases sociales subordinadas. Carecía de especificidad en cuanto grupo social. Ello porque en el Chile tradicional se era pobre y excluido antes, durante y después de ser joven (Goicovic, 2000:104).

Entre las variables que determinan esta condición, se presenta la rápida inserción de los jóvenes populares en la esfera productiva y las relaciones laborales impuestas por las elites dominantes. Asimismo, se destaca la escasa integración de estos jóvenes a instancias educativas, en tanto debían salir tempranamente de los núcleos familiares y asumir responsabilidades propias del mundo adulto: «La fábrica, el campamento minero o la faena agrícola, se transformaban en los ámbitos de sociabilización por excelencia para quienes, a muy temprana edad, debían abandonar sus hogares y buscar el sustento con sus propias manos. No existía la adolescencia. De la infancia se transitaba a la adultez de manera brusca y vertiginosa» (Goicovic, 2000:106). Para este autor, esta situación definía en gran parte la forma de asociación de los jóvenes populares que, desde la marginación y la exclusión social, definían sus redes a partir de grupos tales como ‘gavillas’, ‘bandas de mendigos y vagabundos’, ‘grupos de malentretidos’ o ‘bandidos’, así como en su condición de peones y proletarios. No obstante lo anterior, estas instancias les permitían generar mecanismos de subsistencia capaces de aglutinarlos y dotarlos de identidad.

De esta manera, el mundo juvenil popular se encuentra integrado al mundo adulto hasta aproximadamente la década de los 50. El giro está dado por la preocupación de los gobiernos de la época de generar más y mejores políticas de protección social, entre las cuales se encuentran regulaciones en el ámbito del trabajo y la educación. Para Goicovic, el programa social del Gobierno de Eduardo Frei Montalva en 1964 marca una diferencia notable respecto de los periodos anteriores:

Es precisamente en este momento cuando la situación de invisibilidad del mundo juvenil comienza a revertirse. Efectivamente, concurren, a mediados de la década de 1960, situaciones estructurales que afectan de manera importante a los estratos más jóvenes de la población, como la expansión experimentada por los procesos de escolarización, especialmente primarios y secundarios, la ampliación del horizonte cultural urbano a través de los procesos de migración campo-ciudad y la radicalización de los procesos políticos y sociales, en los cuales le compete al

movimiento estudiantil —particularmente universitario— un rol protagónico (Goicovic, 2000:113).

Hacia 1968 los autores Armand y Michelle Mattelart inician una investigación que «se propone dar una visión de la juventud chilena que ponga en jaque a las imágenes míticas en circulación, que tienden a nivelarla dentro de características supuestamente universales y comunes a todas las juventudes» (1970:13). Este trabajo da cuenta de cómo la juventud no constituye una construcción homogénea y estable, en la medida en que informa acerca de la experiencia de distintos jóvenes o «juventudes» (universitarios, empleados, obreros, campesinos) y su visión diferenciada respecto de temas atinentes (representación de la sociedad, oportunidades, coexistencia de las generaciones, constitución de la familia, principios y valores, determinación cultural, compromiso político, entre otros). Asimismo, esta indagación devela cómo los procesos de modernización y producción tecnológica ayudan a mesocratizar la condición juvenil, con especial énfasis en los distintos grados de impacto de los medios de comunicación y las industrias culturales que, al mismo tiempo que estimulan el consumo y la apropiación de distintos bienes como parte de su definición identitaria, modelan la imagen que tienen del mundo.

Esta época aglutina acontecimientos interesantes. Mientras que, por un lado, se articula la reforma universitaria iniciada en la Universidad Católica de Valparaíso en 1967, por otro, se suscita la difusión del movimiento musical de ‘la nueva ola’ y su expresión mediática en la *Revista Ritmo* (Aguilera, 2009), así como del surgimiento de solistas y conjuntos musicales pertenecientes a la denominada nueva canción chilena. En este panorama sociocultural, se desarrolla una activa participación juvenil en el advenimiento del Gobierno de la Unidad Popular del presidente Salvador Allende, en que destaca una fuerte ligazón política de parte de estudiantes, obreros y sujetos populares en el fortalecimiento de dicho proyecto. La obra *Viaje por la juventud* (Abarca y Forch, 1972), proporciona relatos relevantes respecto de la articulación juvenil de esos años. Asimismo, Mattelart y Mattelart consignan:

La juventud comienza a emerger como posible elemento constitutivo de una nueva estructura de poder. En efecto, la juventud amenaza con convertirse en un grupo de presión capaz de defender sus propios intereses y de luchar para ‘cambiar la vida’ [...] e implantar la concepción que tiene de la sociedad, que tal como existe hoy es, a su parecer, trágica-

mente injusta e inhumana. Pero ‘el sistema no tiene ningún interés en la organización de la juventud bajo esta forma y la combatirá como combatió al movimiento obrero en el siglo pasado’ (1970:11).

A partir del golpe de estado de 1973 y la dictadura militar que se impone hasta la transición pactada a la democracia en 1990, surge una serie de movilizaciones estudiantiles y populares entre los años 1983 y 1987 que conforman un caso ejemplar de las jornadas de lucha en contra de Pinochet en la década de los 80. Adolescentes y jóvenes entre 12 y 18 años tomaron conciencia del momento histórico del que participaban y se sintieron llamados a actuar en virtud de un proceso crítico y reflexivo que convocaba ampliamente a los sectores populares. Según Aguilera (2009) es precisamente en los años 80 donde comienza una preocupación sistemática por la juventud como actor social específico que requiere y merece la atención de las ciencias sociales. Es en el contexto de la dictadura militar donde se desarrolla y consolida significativamente la investigación respecto a los jóvenes, periodo en que se publica una obra clave para su constitución, *Juventud chilena. Razones y subversiones* (Agurto, Canales y De la Maza, 1985). En ella se reconocen dos lecturas teóricas que permanecerán en las décadas siguientes (Aguilera, 2009): a) una fuerte crítica al concepto de *anomia* (Valenzuela, 1984) y b) una línea de interpretación de la juventud y sus acciones a partir de las categorías de *movimiento social emergente*³ y *movimiento juvenil popular*.

3 De acuerdo a Feixa (2002) lo que define en una primera instancia que un movimiento juvenil pueda ser considerado un movimiento social, es su irrupción en el escenario de la política como participante activo. Entre las décadas de los 70 y 80 surgieron «nuevos movimientos sociales», con rasgos «diferentes» a los concebidos desde una perspectiva clásica, cuya principal distinción fue la de no presentar una estructura clasista, lo cual estimulaba la necesidad de reformular y ampliar lo que se entiende por política. Entre sus características se encuentra un predominio de miembros de las clases medias, existencia de redes sociales (en ocasiones contraculturales) que apoyan el movimiento, búsqueda de autonomía respecto al orden político establecido de naturaleza no partidaria y asistémica, relaciones basadas en valores y temáticas comunes, ejercicio del poder por medio de movilizaciones y un llamado abierto a la democracia. En lo sucesivo, los novísimos movimientos sociales son aquellos que surgen en la era de la globalización y que utilizan las nuevas tecnologías como forma de comunicación e instrumento de lucha.

La sociedad chilena, por entonces fuertemente polarizada y dividida, no podía seguir ocultando —a fuerza de desapariciones y asesinatos—, el rechazo al terrorismo y la impunidad con que el estado ofrecía una imagen de normalidad y conformismo. Al respecto, Salazar explica que:

Hacia 1983, los grupos populares (y de ciudadanos corrientes) ya habían intercambiado y dialogado una gran parte de sus experiencias dictatoriales y neoliberales [...] la situación era insosteniblemente deshumanizadora y, por tanto, sólo cabía inaugurar una resistencia masiva, pasando del diálogo introspectivo a la acción directa colectiva. La mayoría sintió entonces llamear, en su interior, el imperativo categórico de la historicidad. Otro *delirium tremens*: esta vez, el de desafiar y enfrentar, a como diera lugar, el poder armado y la fragilidad política de la dictadura. ¿A nombre de qué? Nada más simple: a nombre de la vida, la identidad y la humanización. Y durante cinco años consecutivos (1983-1987), a costo de sangre y muerte, las masas populares lucharon contra la dictadura, hasta derrotarla cívica y políticamente (Salazar, 2006a:151).

En el período de mayor apogeo del poder dictatorial estallan veintidós jornadas populares de protesta durante cinco años consecutivos, lo cual propicia un espacio para que los estudiantes manifiesten, mediante la acción callejera, un proceso de reflexión personal y colectiva tendiente a poner en jaque la mantención del régimen militar. Los estudiantes secundarios llevaron a cabo acciones políticas concretas (marchas, paros, tomas de liceos) de manera consensuada y sostenida, no sólo producto de un compromiso de militancia, sino profundamente sensibilizados por una realidad común. La capacidad de plasmar en el escenario social la consecución de un poder popular, fue definitiva en la articulación de los jóvenes en la lucha en contra de la dictadura (Salazar, 2006b).

El movimiento secundario juvenil pasó de peticiones específicas en el plano educativo, tales como becas alimenticias, estudio y vestuario para alumnos de situación irregular, la rebaja del pasaje escolar, la extensión del metro, la inscripción gratuita a la Prueba de Aptitud Académica (PAA), a otras más sustanciales, como la designación de un ministro en visita para esclarecer los asesinatos de estudiantes de enseñanza media, la democratización de los centros de alumnos y de la educación en general. Estas demandas involucraban un proyecto de sociedad, de acuerdo a la consigna «seguridad para estudiar, libertad para vivir». Para llevar a cabo acciones políticas concretas, los miles

de estudiantes involucrados se sirvieron de una serie de instancias democráticas para agrupar las bases en torno a objetivos comunes, con el propósito de conformar un programa específico y funcional a las demandas populares.

Los jóvenes junto con articular redes de apoyo eficaces, establecieron formas de acción y dispositivos mediáticos afines a su consecución como, por ejemplo, la elaboración de boletines estudiantiles. En este sentido, además de evidenciar una sólida organización política provista de medios efectivos, dan cuenta de un sentimiento transversal a la circunstancia política e histórica. Se trata de un punto de comunión en donde los estudiantes encarnan al sujeto marginal que combate incansablemente por sobrevivir. De esta manera, queda de relieve una especial forma de configurarse identitariamente, para otorgarle un sentido a las acciones que los jóvenes asumieron colectivamente. Uno de los sucesos que marca un antes y un después en el movimiento secundario es el atentado contra Pinochet el 7 de septiembre de 1986. De allí en adelante, la acción popular se repliega y los estudiantes concentran sus demandas en aquellas de menor alcance. A su vez, se organizan congresos estudiantiles que ponen de manifiesto el agotamiento y las divisiones internas. Finalmente, sobreviene el anuncio del plebiscito que decide la continuidad de Pinochet en el poder, lo que promueve la participación juvenil en otras direcciones.

La relación que se da entre jóvenes y política adquiere especial relevancia durante los últimos treinta años en nuestro país en el contexto descrito. Con el retorno pactado a la democracia, se establece desde el oficialismo y la oposición un acuerdo tendiente a «superar el pasado», por medio del olvido, el perdón y la reconciliación nacional. A través de distintos aparatos institucionales, entre ellos, el sistema escolar, se promueve un discurso histórico que busca reducir el enfrentamiento, estabilizando perspectivas, naturalizando y legitimando posiciones con el propósito de objetivar sucesos polémicos (Oteiza, 2006). Se pretende, por lo tanto, que las nuevas generaciones integren sus conocimientos del pasado reciente de la manera menos conflictiva posible.

De manera paralela, en la década de los 90 empieza a desarrollarse una serie de estudios que discute la indiferencia con que los jóvenes perciben la política, como parte de una anomia fuertemente arraigada y generalizada. De acuerdo a Aguilera (2009) entre los principales ejes temáticos que atraviesan los estudios sobre juventud desde los años 90 hasta principios del siglo XXI, destacan a) la perspectiva de *joven dañado*: jóvenes con problemas de integración social producto de acci-

dentes biográficos en sus trayectorias vitales; b) la propuesta de *conversación juvenil*: atiende la posibilidad de construir sentidos sociales más amplios a partir de la pluralidad de voces presentes en el mundo juvenil; c) la idea de *acción juvenil*: que considera la dimensión de acción y actores que asumen o no las personas jóvenes, teniendo en cuenta términos como ‘juventud integrada’, ‘juventud en conflicto’, etcétera.; d) las nociones de *sociabilidad* y *socialidad juvenil*: donde se ubican los estudios de modalidades juveniles de estar juntos que son construidas desde la espectacularidad mediática (estilos juveniles, contexto de carrete juvenil, entre otras), y; e) la visión de *violencia juvenil*: que remite a investigaciones sobre procesos de violencia juvenil en sectores populares y espacios escolares.

Una de las características que aglutina los ejes temáticos descritos es la pérdida de agencia de los sujetos juveniles como actores sociales, éstos son más bien concebidos como un ‘problema’ —a conjurar/controlar— sobre el cual hay que actuar mediando soluciones eficientes. En relación a esto, se desprende que «las imágenes de la juventud homogénea, unida y apolítica interesan en tanto proyección de una sociedad homogénea, unida y apolítica» (Muñoz, 2004:75), de allí que esta percepción de jóvenes que *no están ni ahí* resulte funcional a los propósitos de las clases dirigentes en tanto mecanismo de control social. Ahora bien, el problema al atender esta mirada es que se intenta comprender a los jóvenes de hoy y su vínculo con la política desde los moldes tradicionales que fijan esta relación: inscripción en los registros electorales y militancia en los partidos políticos. Éste se ha convertido en uno de los criterios de comparación más recurrente entre los jóvenes de los años 70 y 80 respecto de los de hoy (1990-2010) (Millán, 2010). La conciencia y el compromiso social que marcó a los jóvenes de entonces, habrían cambiado por la individualidad y el éxito personal que buscan los jóvenes en la actualidad.⁴ No obstante, esta propuesta pierde fuerza si se considera la necesidad de replantear la acción social y política de los jóvenes en la actualidad a partir de formas alternativas de posicionarse políticamente: «Ante el rechazo del sistema de representación política, los jóvenes proponen nuevas prác-

4 A este respecto cabe señalar, por un lado, los resultados del «Estudio juventudes sudamericanas» (Ibase y Polis, 2010) y, por otro, de la Sexta Encuesta Nacional de Juventud (INJUV, 2009) que destacan la prioridad de los jóvenes por prepararse para el futuro y plantearse metas personales, en oposición a su interés por la política o la lucha de ideales.

ticas sociopolíticas definidas por la participación equitativa, por el asambleísmo, la autogestión, el pluralismo y la culturalización de la política» (Valenzuela, 2007:31).

El presunto desinterés por la política (pero no necesariamente por «lo político») que atribuyen ciertos investigadores a los jóvenes en la actualidad, deja de manifiesto el accionar institucional que pretende mantener estable dicho escenario, es decir, que sólo interesa su participación en los términos que han sido previamente formalizados y oficializados. De acuerdo al *Estudio juventudes sudamericanas* (IBASE y Polis, 2010) lo que hoy existen son identidades juveniles que se construyen en procesos de enfrentamiento, oposición, dominación, sumisión y resistencia. Ser ‘joven participante’ no es una identidad única que contemple todas las formas de movilización juvenil. Existen momentos y situaciones en las cuales los jóvenes se ven y actúan de manera individual, y otras en que lo hacen como un ‘nosotros colectivo’:⁵ nosotros jóvenes *versus* la sociedad que los excluye ya sea por medio de disputas societarias intergeneracionales, ya sea por medio de la invisibilidad de la juventud en los programas y acciones gubernamentales.

El desacato y no cumplimiento de los planes que la sociedad construye e impone a los y las jóvenes, les da el título de apáticos, constituyéndose en un sujeto de intervención caracterizado centralmente por su conducta apática o antisocial y por su condición de exclusión del sistema, lo que pretende ser contrarrestado por la institucionalidad en la materia a través de organismos y acciones tendientes a la inclusión social con el propósito de mejorar la calidad de vida y posibilitar el pleno ejercicio ciudadano; en otras palabras: busca la incorporación de los jóvenes a los espacios funcionales de la sociedad moderna (Chávez y Poblete, 2006:145).

Esta determinación constituye un ejercicio de poder, que busca mantener a las nuevas generaciones lo más lejos posible de una reflexión que les permita reformularse en tanto actores políticos y sociales. De esta manera, se cierra el sentido respecto de las *políticas juveniles* que desde

5 Un caso ejemplar en Chile es la *revolución pingüina* suscitada en mayo de 2006, movilización de estudiantes secundarios que puso en la escena social una reivindicación por la educación pública y la consiguiente lucha por la derogación de la Ley Orgánica Constitucional de Educación (LOCE) promulgada en los últimos días de la dictadura militar de Augusto Pinochet. Para mayores antecedentes véase Domedel y Peña y Lillo (2008); Aguilera (2006); Cornejo et al. (2007 y 2009).

1990 a la actualidad ha llevado a cabo el Estado en relación a los jóvenes chilenos. Éstas consisten en asegurar protección social en ámbitos como la educación y el trabajo. Lo que está detrás de estas inquietudes es una actitud altamente paternalista, adultocentrista, que resalta la inmadurez y la incapacidad de parte de los jóvenes de generar propuestas realistas, pragmáticas y eficientes, al tiempo que los niega como sujetos totales (Chaves, 2005; en Valenzuela, 2007). Otro mecanismo utilizado es la negación y la negativización de los jóvenes,⁶ en la medida en que «los cuestionamientos surgidos desde las y los jóvenes hacia las bases legales y morales son vistos como actos delictivos, o en términos de política social, como ‘excluidos’» (Chávez y Poblete, 2006:145). Finalmente, otro dispositivo recurrente de invisibilización política estaría dado por «la tendencia deshistorizadora de los actores jóvenes, en tanto se descalifican estas formas de agrupamiento juvenil por tener un carácter pasajero y carente de realismo» (Valenzuela, 2007:35).

En la actualidad, (re)pensar en las posibilidades que tienen los jóvenes de reconocerse en tanto actores sociales, tiene una relación ineludible con la manera en que ellos se encuentran en la conformación de su propia historia. El *Estudio sobre juventudes sudamericanas* (IBASE y Polis, 2010) da cuenta de datos reveladores. Por un lado, existe una percepción ampliamente generalizada acerca de que los jóvenes chilenos no asumen un rol histórico de manera autónoma (Ghiardo, 2009). Esto implica que la mayoría de la juventud *incorpora las imágenes que la sociedad proyecta en y sobre ella*, pero no necesariamente *con ella*.

3. CONSIDERACIONES FINALES

A través del recorrido expuesto ha quedado en evidencia la participación de los actores juveniles involucrados críticamente en el devenir histórico de las últimas décadas, por tanto, no es su presencia efectiva la que se cuestiona sino la manera en que la sociedad, por medio de discursos hegemónicos y contrahegemónicos, pone en juego dicha visibilidad y su aprehensión en el presente. Lo que interesa en este punto, no es solamente enfatizar el rol histórico de los jóvenes chile-

6 Una investigación interesante a este respecto es «La implementación de la justicia penal juvenil según la prensa chilena» (Checa, Cabalin y Lagos, 2008) que entrega importantes antecedentes para comprender la construcción periodística en torno a la delincuencia juvenil en Chile durante los últimos años.

nos en el pasado reciente, sino lograr una deconstrucción de los modos en que dicha (in)visibilización opera desde los poderes dominantes. En este sentido, pensar en los jóvenes implica cuestionarse acerca de la manera en que piensa en la actualidad, y las oportunidades y herramientas concretas con que ellos cuentan —y necesitan contar— para (re)conocer su posicionamiento histórico, cultural y político por medio de sus propias lecturas y resignificaciones.

VALDIVIA (CHILE), AGOSTO 2011

RECIBIDO: AGOSTO 2011
ACEPTADO: OCTUBRE 2011

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ABARCA, LUIS Y JUAN FORCH (1972): *Viaje por la juventud*. Santiago: Quimantú.
- AGUILERA, ÓSCAR (2009): «Los estudios sobre juventud en Chile: coordenadas para un estado del arte». *Última Década* N°31. Valparaíso: Ediciones CIDPA.
- AGURTO, IRENE; MANUEL CANALES y GONZALO DE LA MAZA (1985): *Juventud chilena. Razones y subversiones*. Santiago: ECO/FOLICO/SEPADE.
- BALARDINI, SERGIO (2000): «De los jóvenes, la juventud y las políticas de juventud». *Última década* N°13. Valparaíso: Ediciones CIDPA.
- CASTRO, GRACIELA (2009): «Las identidades juveniles. La influencia del proyecto político y el deseo de autonomía». *Revista Observatorio de la Juventud* N°24. Santiago: INJUV.
- CHÁVEZ, ANNY y LORENA POBLETE (2006): «Acción colectiva y prácticas políticas juveniles». *Última Década* N°25. Valparaíso: Ediciones CIDPA.
- CHECA, LAUREANO; CRISTIAN CABALIN y CLAUDIA LAGOS (2008): «La implementación de la justicia penal juvenil según la prensa chilena». *Urvio. Revista Latinoamericana de Seguridad Ciudadana* N°5. Quito: FLACSO.
- CORNEJO, RODRIGO et al. (200): «Perspectivas y significados del movimiento nacional de estudiantes secundarios chilenos». Disponible en: www.opech.cl.
- CORNEJO, RODRIGO (2009): «Estamos dando clases: significados y perspectivas de la movilización nacional de estudiantes en Chile». En: *De actores secundarios a estudiantes protagonistas*. Santiago: OPECH.

- DÁVILA, ÓSCAR (2004): «Adolescencia y juventud: de las nociones a los abordajes». *Última Década* N°21. Valparaíso: Ediciones CIDPA.
- FELIPE GHIARDO y CARLOS MEDRANO (2008): *Los desheredados. Trayectorias de vida y nuevas condiciones juveniles*. Valparaíso: Ediciones CIDPA.
- DOMEDÉL, ANDREA y MACARENA PEÑA Y LILLO (2008): *El mayo de los pingüinos*. Santiago: Ediciones Radio Universidad de Chile.
- FALETTO, ENZO (1986): «La juventud como movimiento social en América Latina». *Revista de la CEPAL* N°29. Santiago: CEPAL.
- FEIXA, CARLES (2006): «Generación XX. Teorías sobre la juventud en la era contemporánea». *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud* Vol. 4, N°2. Manizales: Centro de Estudios Avanzados de Niñez y Juventud CINDE.
- CARMEN COSTA y JOAN SAURA (editores) (2002): *Movimientos juveniles: de la globalización a la antiglobalización*. Barcelona: Ariel.
- GHIARDO, FELIPE (2009): «Sobre la juventud: nociones y discusiones». En *Sociedades sudamericanas: lo que dicen jóvenes y adultos sobre las juventudes*. Río de Janeiro-Sao Paulo-Valparaíso: IBASE/POLIS/CIDPA.
- GOICOVIC, IGOR (2000): «Del contrato social a la política social. La conflictiva relación entre los jóvenes populares y el Estado en la historia de Chile». *Última Década* N°12. Valparaíso: Ediciones CIDPA.
- GONZÁLEZ, YANKO (2004): «Óxidos de identidad: memoria y juventud rural en el sur de Chile (1935-2003)». Tesis de Doctorado en Antropología Social y Cultural. Barcelona: Universitat Autònoma de Barcelona.
- IBASE y POLIS (2010): *Libro de las juventudes sudamericanas*. Río de Janeiro: IBASE.
- INJUV (2009): *Sexta encuesta nacional de juventud. Principales resultados*. Santiago: INJUV.
- MARGULIS, MARIO y MARCELO URRESTI (1996): *La juventud es más que una palabra. Ensayos sobre cultura y juventud*. Buenos Aires: Biblos.
- MILLÁN, CECILIA (2010): «Política y sueños colectivos: miembros de las generaciones del 70 y del 90». *Última Década* N°32. Valparaíso: Ediciones CIDPA.
- MUÑOZ, VÍCTOR (2004): «Imágenes y estudios cuantitativos en la construcción social de 'la juventud chilena'. Un acercamiento histórico (2003-1967)». *Última Década* N°20. Valparaíso: Ediciones CIDPA.
- OTEÍZA, TERESA (2009): «Solidaridad ideológica en el discurso de la historia: tensión entre orientaciones monoglósicas y heteroglósicas». *Revista Signos* Vol. 42, N°70. Valparaíso: PUCV.
- REGUILLO, ROSSANA (2000): *Emergencia de culturas juveniles. Estrategias del desencanto*. Buenos Aires: Grupo Norma.

- SALAZAR, GABRIEL (2006a): «La historia como ciencia popular: Despertando a los 'weupifes'. *Revista Austral de Ciencias Sociales* N°11. Valdivia: Universidad Austral de Chile.
- (2006b): *La violencia política popular en las grandes alamedas: la violencia en Chile 1947-1987. Una perspectiva histórico-popular*. Santiago: LOM.
- VALENZUELA, EDUARDO (1984): *La rebelión de los jóvenes*. Santiago: Sur Ediciones.
- VALENZUELA, KATIA (2007): «Colectivos juveniles: ¿inmadurez política o afirmación de otras políticas posibles?». *Última Década* N°26. Valparaíso: Ediciones CIDPA.